

EL *QUIJOTE*, MODERNIDAD DE UN CLÁSICO. NOTAS PARA UNA REVISIÓN

Francisco Estévez (*)

Libro tras libro, congreso tras congreso vamos cerrando este año de celebración con tanto platillo y castañuelas como pompa de difunto. En este cuarto centenario de la publicación de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, numerosas han sido las voces de maestros que nos han recordado aspectos olvidados del texto. Por parte de la crítica especializada, en estos cuatro siglos se han conquistado y afianzado terrenos resbaladizos de la novela y no era baladí hacer un recuento de tales logros. En fin de cuentas el balance parece positivo pues, a pesar de todo, se ha conseguido acercar la novela a un público joven, promoviendo así la lectura en general, nota de consuelo en los tiempos que corren.

Poco que decir, nada que añadir a la montaña de documentos críticos que tratan, a veces en vano de cubrir a la famosa novela de caballerías, la mayoría por suerte, de dar luz a un texto ya *per se* radiante. Y subrayo, poco que decir, nada nuevo e importante que añadir que no sean toscas repeticiones. Remitir a la vastísima y ya casi inconmensurable bibliografía que ha desatado la novela fundadora del género nos excusa aquí por tanto de pergeñar sucintamente los valiosos aportes que han realizado los comentaristas clásicos, los grandes críticos y los valiosos escritores como pudieran ser Clemencín, Cortejón, Pellicer, Américo Castro, Menéndez Pelayo, Astrana Marín, Menéndez Pidal, Thomas Mann, Luis Rosales entre otros muchos. Sean estos apretados garabatos las reflexiones precarias de un lector entusiasta pero no especializado¹.

“Lo que debemos a Don Quijote”, título de la conferencia pronunciada por Pedro Salinas (Salinas, 1983) representa un excelente balance de las

(*) Università di Roma “La Sapienza”

¹ A imitación de Cervantes también yo campé en mis mocedades por Italia durante los primeros balbuceos docentes.

Quiero agradecer a la Cátedra de Español de la Università degli Studi di Palermo la posibilidad de participar en este Congreso. Es siempre un inmenso placer regresar a esta isla tan generosa como bella donde hace ya 5 años llegué por primera vez.

aportaciones que con su inmortal novela realizara Cervantes. El poeta de refinada sensibilidad supo recoger con diáfana claridad las líneas maestras que surcan la inagotable obra. En el celeberrimo inicio de la novela cervantina aparecen ya condensados, y lo que es más importante aún, puestos en quiebra de manera magistral, los elementos que vertebran cualquier texto que se precie de ser novela, a saber: la ambigua concreción temporal “no ha mucho tiempo”, la problemática situación espacial que tantos ríos de tinta ha derramado “de cuyo lugar no quiero acordarme” y el individuo que habita las anteriores coordenadas o por ser mas exactos, el deseo de trascendencia del personaje que refleja de manera sintomática el sentido trascendente de la propia novela. El notable poeta y agudo crítico articulará en su conferencia la tríada de elementos (Tiempo, Espacio, Individuo) para reflexionar sobre la composición de los personajes y el clasicismo de la novela.

De entre otras razones más sensatas quizá fuese el concepto de clásico que de forma repentina y abrumadora recibe *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* con su apertura narrativa total, lo que pudiera convertir a esta novela desde su nacimiento hasta nuestros días en texto de preceptiva lectura. Su conocida universalidad permite conjugar a todos los lectores en la misma camilla de lectura sean estos apresurados y volanderos o pacientes y cautelosos, inquisidores de grandes lupas o rebuscados politicastro, niños ingenuos o acicalados críticos.

Los argentinos afirman con orgullo que Carlos Gardel cada vez canta mejor sus tangos arrebatados; es decir, el gusto de época, a lo largo de generaciones lo va alzando de clásico a mito. Así ocurre con Cervantes, escribe cada vez con mayor tino y esto se lo debemos en buena parte a la crítica que ha facilitado la recepción del *Quijote* haciéndonoslo hoy en día, y podemos afirmar con cierta seguridad, pretendidamente más nítido, profundo y complejo. Si damos por cierta dicha hipótesis, admitimos que conocemos bien esta tenaz sátira literaria en que consiste la magna obra cervantina.

Bosquejábamos líneas más arriba la compleja presentación que realiza el narrador de nuestro triste caballero con una variedad de nombres (Quijada, Quesada, Quejana) que nos pone en aviso del profundo deseo de trascendencia como personaje y que estudió con precisión Salinas. Recordemos *deseo*: del verbo desear, de - ser, llegar a ser. Esta poderosa ambición se acentuará en la segunda parte. Baste un ejemplo para refrescar la memoria: el bachiller Sansón Carrasco, en actitud tan extravagante como la de don Quijote, está dispuesto a disfrazarse de caballero andante a fin de combatirlo para conseguir su retorno a casa. Con otras palabras: se constituye en doble de nuestro querido hidalgo. Apréciense sus nombres Caballero de los Espejos o Caballero de la Blanca Luna, nombres que aluden directamente a su particular atuendo capaz de reflejar y duplicar la figura triste de nuestro atormentado protagonista obligándole a tomar conciencia de sí mismo. En el pri-

mero de los lances que ambos mantienen podemos contemplar a don Quijote de pie ante su rival, en el claroscuro del alba, viéndose a sí mismo repetido de manera múltiple y en ángulos varios por las lunas pequeñas de la casaca, forzado a verse el rostro y el cuerpo una y hasta diez veces, sumido sin quererlo en una inevitable autocontemplación por la mirada de tantos ojos. Nuestro caballero pierde el combate pero sale reforzado en su trascendencia y así nos lo afirma con su bello parlamento: “Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el mas desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza, y quitáme la vida, pues me has quitado la honra” (II, LXIV).

Don Quijote es fiel por partida doble. Fiel a su trágico deseo y por ende fiel a sí mismo. Podríamos también corroborar lo afirmado centrándonos en ese narrador tan inquietantemente moderno, es decir, tan exigente que se permite aparentes lapsus, simpáticos despistes, etc. que han sido pasto y pesadilla de los exégetas de la obra. Y cómo nos complacer ver tanta maravillosa e ilusoria equivocación, sin conocer a ciencia cierta si del narrador, del personaje, o deliciosa errata. Se nos antoja a los ojos del lector de este milenio como muestra cómplice de amistad más que como descuido o ignorancia. Pues todo crece y engrandece a este texto ya de sí poliédrico, donde sus aparentes incongruencias se tornan por arte de magia verbal en cualidades que lo convierten rápidamente en texto clásico.

Podemos indagar un momento en el recorrido etimológico de la palabra *clásico*, del latín *classicus*. En la antigüedad hacía referencia a la clase más elevada de los ciudadanos romanos como contribuyente fiscales, por lo tanto pertenecía al lenguaje político y económico. Es en el siglo II d. C. cuando Aulo Gelio utiliza el término para diferenciar entre “*classicus scriptor, non proletarius*”, en otras palabras, un escrito de primer orden, no de la masa, o simplemente bueno para ser leído por los clásicos, los contribuyentes mas ricos. Desde su origen, el término clásico funcionó como categoría que determina el estatus de una obra y de su autor en un sistema de jerarquías en el cual señala el nivel superior.

Clásico universal denominamos al *Quijote* al ostentar valores tanto éticos como estéticos que trascienden su época y su cultura. Es en la relectura fervorosa y permanente del texto donde se conforma el clásico universal. Su universalidad fue percibida de inmediato por sus contemporáneos y buena muestra de ello es su rapidísima difusión internacional. El libro mas leído después de la Biblia se ha dicho de él. Es de sobra conocido el poder de convocatoria del texto: en la primera Guerra Mundial todos los soldados ingleses llevaban en sus mochilas un ejemplar de la novela, Freud aprendió español por el mero placer de leer a Cervantes en español, las anécdotas se multiplican.

Hoy consideramos su universalidad de forma caprichosa como la capacidad que tiene el texto de situarse entre dos aguas, en tierra de nadie, en las

esquinas de una frontera lingüística provocando la fértil polisemia que lo caracteriza. Porque como señala el de la triste figura: “advertid, hermano Sancho, que esta aventura, y las a estas semejantes, no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas” (I, X)

En este constante baile de máscaras en el que todo se mueve, es difícil saber donde se sitúa Cervantes.

O de qué otro modo podemos valorar esos inquietantes y a la vez tiernos y sublimes capítulos VIII y IX de la segunda parte, “Donde se cuenta lo que le sucedió a don Quijote, yendo ver a su señora Dulcinea del Toboso” y “Donde se cuenta lo que en él se vera”. Merece la pena orillar sus aguas. Esta tercera salida que acometen tiene un objetivo bien definido:

Sancho amigo, la noche se nos va entrando a más andar, y con más escuridad de la que habíamos menester para alcanzar a ver con el día al Toboso, adonde tengo determinado de ir antes que en otra aventura me ponga, y allí tomaré la bendición y buena licencia de la sin par Dulcinea; con la cual licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima a toda peligrosa aventura, porque ninguna cosa desta vida hace más valientes a los caballeros andantes que verse favorecidos de sus damas (II, VIII).

Don Quijote y Sancho pasan una noche atroz junto a la fuente del Toboso. Quijote tiene miedo porque en el fondo sabe que Dulcinea no va a aparecer y quizás ni siquiera exista en ese juego infinito de cajas chinas que ha creado el narrador ante nuestros ojos. Sancho temeroso de que su amo descubra el imposible que se le solicita.

A estas alturas sabemos ya que don Quijote y Sancho poseen mayor grado de existencia que el resto de personajes que pueblan la novela. Tan real es ya su dolor. Pero deben enfrentarse a la verdad y buscan a ciegas tanteando. Ni la ilusión de don Quijote, ni el temor de Sancho les pueden ya dirigir. Entran en silencio al pueblo pero ninguno de ellos conoce la dirección del palacio de Dulcinea. Callan ambos y retrasan el paso cediendo la iniciativa al compañero. Nadie puede tomarla. Pero don Quijote se inquieta, sin embargo hace lo que siempre, eso es confiar:

De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñían puercos, mayaban gatos, cuyas voces, de diferentes sonidos, se aumentaban con el silencio de la noche, todo lo cual tuvo el enamorado caballero a mal agüero; pero, con todo esto, dijo a Sancho:

—Sancho hijo, guía al palacio de Dulcinea: quizá podrá ser que la hallemos despierta (II, IX).

Cualquier lector actual sufre una desazón común a los personajes en este corto capítulo. Pero quién guiará a quién en esta visita imposible al Palacio de Dulcinea. Los personajes se nos han vuelto tangibles, de carne y hueso, tanto que sus problemas nos invaden. El temor de Sancho le produce una fingida amnesia: “A qué palacio tengo que guiar, cuerpo del sol, que en el que yo vi a su grandeza no era sino casa muy pequeña” (II, IX). Nada le importa a don Quijote sino hallar el palacio de Dulcinea: “Y advierte, Sancho, que o yo veo poco o aquel bulto grande y sombra que desde aquí se descubre debe de hacer el palacio de Dulcinea” (II, IX). En hábil juego retórico Sancho replicara: “pues guíe vuestra merced”. Así andan perdidos por el pueblo hasta encontrar la sombra de la torre entrevista que no era, naturalmente, el palacio de Dulcinea, “con la iglesia hemos dado, Sancho”.

Será pues el mismo libro quien guíe al libro, ya que ambos personajes se necesitan mutuamente para justificarse.

De este tipo de maravillosas complicidades es de donde surge esa “misteriosa lealtad” que solicitaba Borges para los clásicos en general y para Cervantes en particular (Borges, 1989: 51).

A fuerza de ser francos debemos citar a Italo Calvino, quien nos avisaba que “un clásico es aquel libro que cuanto mas creemos conocer tanto más nuevo e inesperado resulta al leerlo de verdad” (Calvino, 1982: 13-20).

Otro escritor, esta vez siciliano, Leonardo Sciascia, observaba como pocas personas leían el *Quijote* en España ya que no lo creían necesario al considerar que conocían el argumento (Sciascia, 2000: 54). Es una de las particularidades del libro, se puede resumir en una o dos frases, pero jamás se agota su lectura. Nos lo recordaba Alejo Carpentier al recoger el premio Cervantes: “Todo está ya en Cervantes. Todo lo que hará la perdurabilidad de muchas novelas futuras: el enciclopedismo, el sentido de la historia, la sátira local, la caricatura junto a la poesía y hasta la crítica literaria” (Carpentier, 1981: 190). Con penetrante intuición lo expresaba el propio Cervantes al escribir orgulloso:

yo soy el primero que he novelado en lengua castellana, que las muchas novelas que en ella andan impresas todas son traducidas de lenguas extranjeras, y éstas son mías propias, no imitadas ni hurtadas: mi ingenio las engendró, y las parió mi pluma, y van creciendo en los brazos de la estampa. (Cervantes, 2001: 19).

“Todas las novelas describen la obra maestra cervantina aun cuando no son conscientes de ello” sentenció Harold Bloom (Bloom, 2005). Esto ocurre porque en literatura al contrario que otras artes se crea releendo una tradición que es imposible ignorar y donde Cervantes ocupa el más alto lugar.

Retomando ideas antiguas George Steiner afirma que

“en literatura [...] un clásico es una forma significativa que nos lee. Nos lee a nos-

otros más de lo que nosotros lo leemos a él. Nada paradójico, y menos aun místico, se esconde en esta definición. Cada vez que nos involucramos con él, un clásico nos cuestiona (Steiner, 2000)

y así ocurre con las dos partes del *Quijote*, al leer sus páginas contemplamos el reflejo de nuestra sensibilidad moderna.

Mencionábamos antes que es un clásico no sólo por inaugurar la novela moderna sino, también, por ser la primera en cooperación con el lector. La inclusión en el texto del lector, el personaje más valioso de toda novela, es uno de los muchos aciertos de don Miguel. Su constante preocupación por la recepción de su obra refleja la evidente conciencia del lector que posee Cervantes, puesta negro sobre blanco desde el arranque de la novela al hacernos partícipes de la misma refiriéndose a ella como “nuestro cuento”, “nuestro flamante caballero”, se podrían citar multitud de ejemplos.

Esta recepción que se ha venido realizando de la novela ha permitido a la famosa obra de Cervantes erigirse en clásico, en aglutinante mito, en potente metáfora, y a sus personajes en arquetipos inmortales (lo cual no quiere decir que nos riamos del mismo modo al leerla). Pero la reiteración excesiva de halagos, contiene una insidia venenosa que, sin embargo, no ha podido derrotar al caballero de la triste figura. (Sigue cayendo la misma lluvia pero quizá ahora nos podamos refugiar de mejor manera).

Hemos pretendido, de forma más que sucinta, desgranar en lo posible algunas facultades que seguimos admirando como clásicas en dicha obra. Este es el sentido y la dirección hacia la que apuntaba, entre otras, la voz avelazada del poeta Luis Rosales al afirmar: “La primera parte ha inventado la novela moderna, la segunda ha inventado la novela futura”.

El paradigma vital de nuestras sociedades del tercer milenio está cambiando precipitadamente a una cultura visual. *Una sombra viaja*, nos recordaba Unamuno acerca del *Quijote*, y nosotros con ella podríamos añadir. El problema es ¿sabemos hacia dónde?

Queremos junto a Cervantes leer el epitafio de su caballero que reza de la siguiente manera “morir cuerdo y vivir loco”. Deseamos que, al menos otro centenario, continúe muriendo cuerdo y viviendo loco nuestro ya entrañable don Quijote.

Referencias bibliográficas

- BLOOM, HAROLD, 2005, *Don Quijote alrededor del mundo: Ensayo*, Galaxia Gutenberg.
- BLOOM, HAROLD, 1997, *El canon occidental*, Barcelona, Anagrama.
- BORGES, JORGE LUIS, 1989, *Obras completas*, Tomo IV. Barcelona, Emecé Editores.
- CALVINO, ITALO, 1992, *Por qué leer los clásicos*, Tusquets, Barcelona.
- CASTRO, AMÉRICO, 1972, *El pensamiento de Cervantes*, Noguer, Barcelona-Madrid.
- CARPENTIER, ALEJO, 1981, “Cervantes en el alba de hoy”, *La novela latinoamericana en vísperas de nuestro siglo*, México, Siglo XXI.
- CERVANTES, MIGUEL de, 2001, *Novelas ejemplares*, ed. de Jorge García López, Barcelona, Crítica.
- CERVANTES, MIGUEL de, 2004, *Don Quijote del la Mancha*, ed. de Francisco Rico, Madrid, Real Academia española.
- MOLHO, MAURICE, 1989, “¿Olvidos, incoherencias? O ¿Descuidos calculados? (Para una lectura literal de Don Quijote)”, *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Barcelona, 21-26 de agosto de 1989, vol. 1, Barcelona, PPU, 1989: 653-660.
- NABOKOV, VLADIMIR, 1997, *Curso sobre el Quijote*, Barcelona, Ediciones B.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, 1984, *Meditaciones del Quijote*, Cátedra, Madrid.
- ROSALES, LUIS, 1985, *Cervantes y la libertad*, Ediciones Cultura hispánica, Madrid.
- SALINAS, PEDRO, 1983, “Lo que debemos a don Quijote”, en *Ensayos completos*, III, Madrid, Taurus, 1983: 51-65.
- SCIASCIA, LEONARDO, 2000, *Ore di Spagna*, Bompiani.
- SETTIS, SALVATORE, 2004, *Futuro del ‘classico’*, Torino, Giulio Einaudi.
- STEINER, GEORGE, 2000, *Antifonas. La travesía de un mito universal por la historia de Occidente*, Barcelona, Gedisa.
- UNAMUNO, MIGUEL de, 1971, *Vida de Don Quijote y Sancho*, Madrid, Espasa-Calpe.
- URRUTIA, JORGE, 1992, *El tejido cervantino*, Sevilla, Don Quijote.